

## ODIN A MANTELES

Por: Sandro Romero Rey



Escribo en la madrugada del 1 de abril de 2011. Los asistentes anoche a la celebración de los cuarenta y cinco años del Teatro La Candelaria de Bogotá, vivimos un pequeño acontecimiento histórico. Desde tempranas horas, nos agolpamos en las instalaciones de la antigua casa de la calle doce entre carreras segunda y tercera para ser testigos, no solamente de la representación de la obra de creación colectiva titulada “A manteles”, sino para presenciar un encuentro. Un encuentro que iba mucho más allá de los saludos fraternales o de las complicidades. Se trataba del encuentro entre los viejos maestros del Odin Teatret europeo y el de los quince juguetones comediantes del ejército creador de Santiago García. El Odin Teatret tiene 47 años. La Candelaria, como ya dije, 45. Son hijos, de alguna manera, de un mismo impulso, de una misma necesidad. Fundado por el italiano Eugenio Barba en Oslo (Noruega) en 1964, el Odin Teatret es una leyenda viva demasiado grande, demasiado profunda. Instalados en la pequeña población de Holstebro (Dinamarca) desde mediados de la década de los sesenta, el grupo se ha mantenido con una tenacidad, una disciplina, una intensidad y una entrega tal, que a veces uno llega a dudar si esta decena de bestias de la escena han pertenecido alguna vez a este mundo.

Ahora, durante los primeros días del mes de abril, el Odin Teatret visita Colombia (Bogotá y Cali) para una serie de representaciones, encuentros, talleres, conferencias y trueques varios. En Bogotá, en el Teatro



Julia Varley, actriz del Odin Teatret, en un conversatorio, en Bogotá. Foto de Patricia Furtado. Archivo del Festival del Teatro de Cali

Mayor Julio Mario Santodomingo, realizarán nueve representaciones de la obra “Los sueños de Andersen”, donde se combinan dos leyendas nórdicas: la del escritor de cuentos infantiles y, cómo no, la leyenda misma del Odin, hemos ángeles legendarios que nos pondrán a prueba nuestras sensibilidades más finas. La historia del grupo danés con nuestros países latinoamericanos se remonta a treinta años atrás y, desde esa época, ha sido evidente la deuda que los teatros de Perú, Cuba, Venezuela, Argentina, Bolivia, Colombia, han tenido al interior de sus respectivas vivencias.

Hijos espirituales de Jerzy Grotowski (no me canso de recomendar ese texto iniciático de Barba titulado “La tierra de cenizas y diamantes”), los montajes del Odin se han nutrido de las mejores tradiciones teatrales del mundo (de Japón a India, de China a Bali, de América del Sur a Peter Brook) para irse inventando, poco a poco, un lenguaje, una experiencia, una actitud, que no se parecen a nada.

En Colombia han estado desde comienzos de la década del ochenta. Han presentado obras como “Anábasis” y “El millón” como “Cerezas de Brecht” y “Kaosmos”.

Hacia muchos años no regresaban. Pero, en medio de todo, los del Odin no nos han abandonado, porque aquí, en Colombia, tenemos sus representantes en grupos como el Teatro La Candelaria.

Sí. Porque allí, en el teatro de Poli, de Coco, de Pacho, de Patricia, de las Noras, de Piyó, de todos y cada uno de los miembros de esta banda de irrefrenables inventores de formas, está la influencia secreta de Odin, de ese dios tutelar cuyo aliento sopla hasta nuestros lejanísimos confines.

Anoche, estuvo el Odin en pleno en la segunda fila del Teatro La Candelaria. Se representó la obra, con el mismo impulso anárquico de todos los días. García, de smoking, lanzó al comienzo sus tradicionales y sabias palabras, para luego aclarar que toda esta “carreta” la decía para darle tiempo a los actores retrasados a que se terminaran de cambiar de ropa. Luego, la obra, que ya hemos comentado en estas líneas. Sin embargo, todas las funciones teatrales son distintas. Y la distinción de anoche gravitaba, cómo no, en el público, en los invitados de honor, a quienes se les dedicaron emotivas palabras. Al final, durante la ovación, una de las actrices del Odin y el mismísimo Eugenio Barba, se bajaron al escenario cargados de rosas rojas. Acto seguido, se arrodillaron frente a los actores y los rodearon con las flores. Sí. Barba de rodillas, acomodando las rosas rojas alrededor de Santiago García y sus discípulos. Varios minutos de furiosos aplausos, lágrimas generales, porque ha pasado otro día en el que le hemos ganado el pulso a la muerte, gracias a las herramientas del arte.

A la salida, una fiesta, papayera, vino y carcajadas, como si estuviéramos en la década de los setenta. Los del Odin no se quedaron mucho, porque hoy tienen conferencias y el estreno bogotano de “Los sueños de Andersen”. El domingo se presentará Julia Varley en La Candelaria, más adelante estará Roberta Carreri y así seguirán. Porque los del Odin no se cansan nunca.

Parte de su oficio es declararle la guerra al cansancio. Y ya la ganaron desde hace rato. En diez días, estarán en Cali en la misma maratón y, a mediados de abril, regresarán a Holstebrö a darle las últimas puntadas al nuevo espectáculo que estrenarán en el mes de septiembre. Por fortuna, tendremos el privilegio de verlos una, diez veces en Colombia, en una experiencia que, por supuesto, será única. Cuando terminen las celebraciones, cuando el Odin Teatret vuelva a su refugio escandinavo y nosotros volvamos a nuestra rutina de escenarios y de representaciones, tendremos que hacer un nuevo balance y darnos cuenta de cómo estamos manejando nuestros asuntos en lo que al teatro se refiere. Por lo pronto, escribo contra el reloj porque no quiero que se me pase la emoción. No quiero que nadie deje escapar uno de los acontecimientos esenciales de la vida artística en nuestro país. Después, volverá la tempestad.